

# LA GENÉTICA DEL DISCURSO DEL DESARROLLO<sup>1</sup>

## EXPLORANDO ALTERNATIVAS REALES

*THE GENETICS OF THE DEVELOPMENT DISCOURSE. EXPLORING REAL ALTERNATIVES*

Por: Juan Masullo Jiménez\*

Artículo Recibido: Abril 20 de 2010. Artículo Aprobado: Julio 25 de 2010. Páginas: 84-103

\*JUAN MASULLO JIMÉNEZ  
Político y sociólogo  
(Pontificia Universidad  
Javeriana). Estudios de post-  
grado en el Institut Barcelona  
d'Estudis Intenacionals.  
Investigador asociado del  
Centro de Recursos para  
el Análisis de Conflictos  
(CERAC) de Bogotá. E-mail:  
juanmasullo2@yahoo.com /  
juan.masullo@cerac.org.co

*The sooner we demythologize this ideology the better. It distorts our imagination, limits our vision, blinding us to the alternatives that human ingenuity is capable of imagining and implementing.*

Vincent Tucker, 1999

### RESUMEN

El fin de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo serios cambios en la arena geopolítica que resultaron decisivos a la hora de re-conceptualizar el desarrollo. Este escrito busca presentar un análisis crítico, desde la perspectiva de las formaciones discursivas de Michel Foucault, de la transformación que sufrió la noción de desarrollo durante la segunda postguerra. Así, el trabajo se suma a una serie de estudios que se han venido realizando desde el postestructuralismo en el campo de estudios del desarrollo y que dan forma a lo que se ha dado en llamar el postdesarrollo. La intención que subyace a esta reflexión en torno a la manera en que se formó el discurso del desarrollo y se hizo hegemónico, es aportar a su deconstrucción, dirigiendo la crítica a la idea misma de desarrollo, con el cometido de abonar un terreno fértil para el surgimiento de alternativas reales al desarrollo.

**Palabras Clave:** Postdesarrollo, formaciones discursivas, deconstrucción, institucionalización y profesionalización del desarrollo, economía del desarrollo.

### ABSTRACT

*The end of World War II brought serious changes in the geopolitical arena that were decisive in the re-conceptualizing the development. This paper aims to present a critical analysis from the perspective of the discursive formations of Michel Foucault, about the transformation that the concept of development suffered during the second postwar period. Thus, this work is add to a series of studies that have been made from the field of development studies in the post-structuralism giving shape to what has been called the post-development. The intention behind this reflection on how the development discourse was formed and became hegemonic, is to contribute to its deconstruction, directing the criticism to the idea of development, charged with the task of paying a fertile ground for the emergence of real alternatives to development.*

**Keywords:** Post-development, discursive formations, deconstruction, institutionalization and professionalization of development, economy of development.

Artículo tipo 2 de investigación científica y tecnológica según clasificación Colciencias.

<sup>1</sup> Este artículo hace parte de una investigación que el autor ha venido adelantando desde 2007 bajo la dirección de Olga Lucía Castillo. El autor agradece los aportes de la directora en la construcción de las ideas que se expresan y en los caminos analíticos e intelectuales que se han recorrido en los últimos dos años en la exploración de alternativas reales al desarrollo, también agradece a Jennifer Duarte la revisión del borrador previo a esta versión.



Foto: Eduardo Polanco.

Zona industrial de Mamonal. Cartagena 2011.

## INTRODUCCIÓN

Después de casi veinticinco siglos en los que la filosofía occidental de una u otra manera se ocupó de la interpretación y reinterpretación de la idea de desarrollo<sup>2</sup>, esta sufrió una transformación fundamental. El final de la Segunda Guerra Mundial y la reestructuración geopolítica que le siguió, marcaron un hito en la historia de la construcción social de la noción de desarrollo.

El fin de este enfrentamiento bélico trajo consigo serios cambios en la arena geopolítica que resultaron decisivos a la hora de conceptualizar y reconceptualizar los diferentes componentes políticos, ideológicos, económicos y sociales del sistema internacional. Nuevas condiciones históricas de la estructura política y económica mundial empezaron a caracterizar el escenario internacional post-1945. Se inventó el "Tercer Mundo"<sup>3</sup> y el destino de los países que entraron dentro de esta categoría pasó a hacer objeto de discusión y negociación internacional<sup>4</sup>.

Pasada la guerra, el mundo no industrializado, más allá de su papel de proveedor de materias primas, en el juego de definir y redefinir el balance del sistema internacional, empezó a jugar un papel decisivo en el régimen de representación geopolítica y geoestratégica mundial.

<sup>2</sup> Para una aproximación a la manera en que se entendió este tema en Aristóteles y la Antigüedad, en San Agustín y la teología de la historia, en Rousseau y la Ilustración, se recomienda ver Rist, 2004:28-43. Para la evolución del concepto, en diálogo con la evolución de las ciencias sociales, ver Wallerstein (1984).

<sup>3</sup> Siguiendo a Escobar (1995), Arocena (1995) y Platsch (1981), el término "Tercer Mundo" fue acuñado por primera vez por el demógrafo francés, Alfred Sauvy, a comienzos de los años cincuenta para referirse a las áreas pobres y atrasadas del mundo, siendo su uso una analogía del "Tercer Estado" francés. En la nueva configuración geopolítica del sistema internacional que tomaba forma en la segunda post-guerra, el Tercer Mundo representaba a las naciones pobres y no industrializadas, el Segundo Mundo a las naciones industrializadas comunistas y el Primer Mundo a las naciones industrializadas libres. Resulta interesante anotar que aún hoy, cinco décadas después y ante la ausencia de lo que era el Segundo Mundo, la analogía sigue utilizándose, representando la configuración de un régimen geopolítico dividido entre Norte y Sur.

<sup>4</sup> Clara evidencia de ello quedó consagrada en la Conferencia de Constitución de la Naciones Unidas en San Francisco, celebrada en 1945.

Estas transformaciones no fueron ajenas a la construcción social y cultural de la noción de desarrollo. Todo lo contrario, la magnitud de sus implicaciones permite ubicar la “invención del desarrollo” en el periodo de la inmediata post-guerra. Si bien se reconoce que en ese momento no se creó la noción de desarrollo como tal, se argumenta que en ese contexto se ‘inventó’ una muy particular forma de concebirlo.

El propósito de este artículo es presentar un análisis crítico-cultural, desde la perspectiva de las formaciones discursivas de Michel Foucault, de la transformación que sufrió la noción de desarrollo durante la segunda postguerra y cuyas implicaciones aún hoy tienen peso en el devenir de nuestras sociedades. En este sentido, se suma a una serie de estudios que en el campo del desarrollo se han venido realizando desde el postestructuralismo y que dan forma a lo que se ha dado en llamar el postdesarrollo. La intención que subyace a esta reflexión en torno a la manera en que se formó el discurso del desarrollo y en que se hizo hegemónico, busca aportar a su deconstrucción, dirigiendo la crítica a la idea misma de desarrollo, con el cometido de abonar el terreno para el diseño no de *nuevos y mejores desarrollos alternativos* sino de alternativas reales al desarrollo. Entender la manera en que el desarrollo se institucionalizó y profesionalizó como objeto de discurso dominante, permitirá ir despejando del camino las ruinas de una idea dominante profundamente agrietada que impide pensar nuevos escenarios de representación y acción indispensables para la consecución de una sociedad más sana.

### **Segunda postguerra: contexto de emergencia del desarrollo como discurso dominante**

La segunda post-guerra dio nacimiento a la *era del desarrollo*. El “Punto IV” del discurso inaugural del presidente estadounidense Harry S. Truman representa el hito fundacional de esta nueva era. De este discurso, pronunciado el 20 de enero de 1949, emerge, para quedarse por décadas, una muy singular noción de desarrollo.

En sus palabras inaugurales se declaró por primera vez *subdesarrollado* al hemisferio sur y la noción de desarrollo tomó por lo menos dos formas particulares íntimamente relacionadas entre sí: la primera, como herramienta de contención comunista -antídoto a la revolución-; y la segunda, como instrumento al servicio del diseño hegemónico de los Estados Unidos. Truman propuso que, a través de la intervención estadounidense dirigida a resolver los

problemas del atraso, la pobreza y el subdesarrollo, todos los países tenían el derecho de disfrutar de un “acuerdo democrático justo”. *“Usando por primera vez la palabra ‘subdesarrollo’ en dicho contexto, Truman cambió el significado de desarrollo y creó el emblema, un eufemismo, utilizado de ahí en adelante para aludir, discreta o inadvertidamente, a la era de la hegemonía americana.”* (Esteva, 1992: 6)

La inclusión del adjetivo “subdesarrollado” en las primeras líneas del Punto IV de su discurso, para referirse a las “regiones económicamente atrasadas” del mundo, establece una relación entre *desarrollo* y *subdesarrollo* que para entonces era desconocida, modificando sustancialmente el contenido de la idea de desarrollo. Se inserta el desarrollo en un contexto político-económico internacional determinado, en un sistema internacional cruzado por relaciones de poder entre Estados que seguían la lógica bipolar característica de la naciente Guerra Fría y marcado por una nueva oleada de descolonización en Asia y África y un creciente nacionalismo en América Latina<sup>5</sup>. El área caracterizada como ‘subdesarrollada’ se convirtió entonces en objeto de tecnologías políticas<sup>6</sup> que buscaban la superación de su condición de “atraso”. En medio de la confrontación Occidente/Oriente que empezaba a tomar forma en los inicios de la Guerra Fría, el “Tercer Mundo” devino en un campo de poder donde se situaron las luchas estratégicas de dos bandos sedientos por exportar las cosmovisiones que portaban y defendían. Así, “[...] *el desarrollo se convirtió en la gran estrategia para promover tal rivalidad, y al mismo tiempo, impulsar los proyectos de la civilización industrial.*” (Escobar, 1995: 75)

De ahí en adelante, las relaciones Norte-Sur<sup>7</sup>, por mucho tiempo entendidas a la luz de la relación *colonizadores-colonizados*, se empezaron a leer bajo una nueva clave: *desarrollo-subdesarrollo*. *“Bajo la [nueva] hegemonía del desarrollo, aparatos de producción de conocimiento establecieron una nueva economía política de la verdad muy diferente a aquella de la era colonial.”* (Peet y Hartwick, 1999: 147). Se sugirió, además, algo inédito: la idea de un tipo específico de cambio alcanzable por todos, provocado deliberadamente y dirigido hacia una etapa final.

La idea de “algo alcanzable” a través de un cambio inducido por una serie de tecnologías políticas puestas a su servicio le imprimió al desarrollo, como señala García (1972), un carácter mecanicista. De esta manera, como parte de esta vasta metamorfosis, se incluyó una idea de continuidad entre *subdesarrollo* –entendido como un mero estado de carencia– y *desarrollo* –definido a la luz de

<sup>5</sup> El contexto internacional de aquel momento, que en palabras de Foucault (1972) serían las condiciones históricas que posibilitan la emergencia discursiva, además de la Guerra Fría y la nueva oleada de descolonización en África y Asia, se caracterizaba por: un creciente nacionalismo latinoamericano, una posición de preeminencia militar y económica de los Estados Unidos, la necesidad de los países industrializados de ampliar sus mercados, el fuerte temor al comunismo por parte de los países del Primer Mundo, el problema de la superpoblación, la fe en la ciencia y la tecnología, el éxito del Plan Marshall, nuevas formas de conocimiento económico, el desarrollo de nuevas áreas de estudio, entre otras. Todos estos elementos, aunque con intensidades variadas, dieron forma al discurso del desarrollo.

<sup>6</sup> Es decir, en una interpretación foucaultiana, un espacio sujeto a la aplicación constante y mecánica de innovaciones científicas y tecnológicas junto con una serie de mecanismos diseñados, usualmente en el exterior, con la intención de lograr y acelerar la obtención de un resultado que hace parte de un objetivo político predeterminado.

<sup>7</sup> La distinción Norte/Sur adquirió mayor fuerza en este contexto como resultado de los cambios geopolíticos que acarreo consigo la Segunda Guerra Mundial. Posteriormente, como resultado del ‘derrumbe’ del Segundo Mundo, ganó aún mayor centralidad en la representación geopolítica el Primer Mundo (como Norte) y Tercer Mundo (como Sur).

la experiencia de otros-. Entre ambos estados existe una brecha que es posible acortar a través de acciones determinadas. Subdesarrollo y desarrollo no son planteados entonces como términos opuestos y/o inversos, ni entendidos como dos caras de una misma moneda. Todo lo contrario, el primero aparece como versión transitoriamente inacabada del segundo. En adición, no puede obviarse que la idea de subdesarrollo se construyó en función de la pre-existencia de otra idea, la de desarrollo. Es decir, la condición de subdesarrollo cobró sentido en tanto existía esa otra condición, superior, deseable y alcanzable. *“Articulado alrededor de un constructo ficticio [el “subdesarrollo”], fue producido un discurso que inculcó la necesidad de perseguir este objetivo [acceso a la forma de vida creadas por la civilización industrial].”* (Escobar, 1998: 429)

Como es de esperarse, un cambio de tal magnitud y audacia no es neutral política, económica, ni culturalmente. Este cambio, como se mencionó, está estrechamente ligado a la afirmación del proyecto hegemónico de los Estados Unidos y se inventó al servicio de sus intereses particulares. Siguiendo a Escobar (1995) y Rist (2004) es posible sostener esta afirmación por lo menos a partir de tres elementos que cobran relevancia específicamente dentro del contexto de la segunda postguerra:

- De manera consistente con la tradición anticolonialista que los Estados Unidos han defendido desde finales del S. XVIII, la nueva dicotomía (desarrollo/subdesarrollo) desacredita el sistema colonial y justifica el proceso de descolonización. Hablar de unas naciones desarrolladas y otras subdesarrolladas fue una manera de “reconocer” la condición de Estado-nación independiente de los Estados del “Tercer Mundo” en sus procesos descolonizadores. Identificarlos como merecedores de ayuda, y señalar la necesidad y posibilidad de que se desarrollen, fue una manera de “reconocerlos” más allá de su papel de proveedores de materias primas, agrietando así el histórico esquema metrópoli/colonia;
- La dicotomía desarrollo-subdesarrollo plantea una diferencia entre las distintas partes del mundo en la que una parte goza de riqueza y prosperidad y la otra es presa de la carencia que se hace manifiesta en el hambre, la pobreza y el estancamiento. Frente a esta situación resulta inaceptable no hacer nada, por lo tanto se justifica una necesaria y urgente intervención cuya batuta la iba a tomar los Estados Unidos;
- Se encuentra en el desarrollo una forma propicia para proyectar

y exportar el modelo defendido por los Estados Unidos que, en nombre de la prosperidad y la felicidad, y apoyada en indicadores macroeconómicos, se muestra al margen de la disputa ideológica de la Guerra Fría.

Para entender estos tres elementos en su real dimensión, es necesario tener presente la posición que Estados Unidos alcanzó después de la Segunda Guerra Mundial en el concierto de las naciones. Además de estar en el bando de los “vencedores”, se instituyó, aunque no libre de cuestionamientos y amenazas, como la principal potencia militar y económica del globo. Así, hasta cierto punto, puso bajo su tutela a los demás países de Occidente, muchos de ellos devastados por la guerra y necesitados de ayuda, ayuda que en gran medida provino de los mismos Estados Unidos<sup>8</sup>. Así logró proyectarse ante el mundo entero como el gran poder hegemónico del sistema internacional capitalista.

Con esta posición de ventaja, Estados Unidos, después de la Segunda Guerra Mundial, reunió una serie de imperativos que fueron definitivos a la hora de dar forma al discurso del desarrollo. Estos imperativos pueden agruparse de la siguiente manera: consolidar el centro, encontrar mayores tasas de ganancia en el exterior, controlar las materias primas, expandir los mercados para los productos norteamericanos y desplegar un sistema de tutelaje militar<sup>9</sup>. De esta forma, es claro que la transformación que sufrió la noción de desarrollo

<sup>8</sup> Esto se hizo claramente manifiesto en el denominado Plan Marshall o European Recovery Program (nombre oficial) aprobado por el Congreso de los Estados Unidos en 1948. Fue una estrategia diseñada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos para reconstruir los países europeos y revitalizar su economía después de la Segunda Guerra Mundial a través de un programa masivo de ayuda económica. Se buscaba también detener el avance del comunismo y el restablecimiento y fortalecimiento de los regímenes democráticos. Este Plan, que movilizó generosas sumas de dinero hacia el viejo continente, revela con claridad, no sólo la cómoda posición económica de los Estados Unidos para la época, sino también la manera en que los demás países occidentales entraban bajo la tutela estadounidense.

<sup>9</sup> Para profundizar en estos imperativos ver Escobar (1995) págs. 146 – 170.



Foto: Eduardo Polanco.

Pescadores en la bahía. Cartagena 2011.

en lo absoluto puede considerarse neutra. Como bien lo ha ilustrado Rahnema (1997), el manuscrito escondido del desarrollo está cargado de objetivos geopolíticos y por lo tanto no puede verse como una respuesta generosa a una supuesta demanda de ayuda por parte de millones de personas del denominado “Tercer Mundo”.

El encuentro de estos factores sirvió para establecer las condiciones de lo que Foucault (1972) llama el ‘contexto de emergencia’ de una formación discursiva. No obstante, el discurso, una vez emerge, necesita de ciertas tecnologías puestas a su servicio para así hacerse dominante. La formación del desarrollo como objeto de discurso estuvo sujeta entonces tanto a relaciones de poder, como de producción de conocimiento y de constitución de verdades legitimadas a través de centros de conocimiento e instituciones de intervención y ayuda. De esta manera, puede decirse que el desarrollo resultó “exitoso” en tanto devino en un discurso que sirvió para administrar el “Tercer Mundo” en una forma más sutil que la del colonialismo. A través de éste, personas, comunidades y gobiernos del “Tercer Mundo”, empezaron a ser vistos por los demás como subdesarrollados y fueron puestos en unas condiciones específicas en las que empezaron a verse a sí mismos como tal. Esta exterioridad e interioridad simultánea de la condición de subdesarrollo fue definitiva para que vastas zonas del mundo, y sus poblaciones, fuesen tratadas y administradas legítimamente como subdesarrolladas.

### **Construcción teórica y soporte institucional del discurso del desarrollo**

El interés por aproximarse sistemáticamente al tema del desarrollo con pretensiones teóricas desde las ciencias sociales, especialmente desde la economía, puede remontarse por lo menos a la época del avance del capitalismo temprano en Europa Occidental y los Estados Unidos en el Siglo XIX. Sin embargo, en 1950 este interés se intensificó primero entre economistas y luego entre una gama más diversa de científicos sociales. Como resultado, se cuenta con una vasta oleada de corrientes, propuestas teóricas y modelos en torno al desarrollo que, respondiendo a la invención del subdesarrollo, prestó atención especial a los países del “Tercer Mundo” y a las múltiples patologías que desde entonces se le diagnosticaron. Esta explosión de estudios en el campo del desarrollo es lo que Escobar (1995, 1997, 1998) bautizó como la *profesionalización del desarrollo*, uno de los mecanismos que permitieron (y aún permiten) que esta formación discursiva adquiriera fuerza real y activa. En sus palabras, este mecanismo “[...] se refiere básicamente al proceso mediante

*el que el Tercer Mundo es incorporado a la política del conocimiento especializado y de la ciencia occidental en general.” (Escobar, 1995: 95)*

El nuevo binomio desarrollo-subdesarrollo rápidamente se ubicó en el centro de importantes discusiones políticas, económicas, sociales e ideológicas tanto en los países del Norte como del Sur. Su protagonismo se hizo manifiesto así, tanto en la discusión y construcción teórica generalmente al servicio de programas y proyectos políticos gubernamentales, como en la explosión de instituciones internacionales<sup>10</sup> consagradas a la promoción del desarrollo. Esto es, en términos de Escobar (1995, 1997, 1998), la *institucionalización del desarrollo*, el otro mecanismo que catapultó este discurso en la escala global. *“Instituciones académicas, especialmente lugares como Harvard o Cambridge, junto con importantes organizaciones de desarrollo, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo, ejercieron poder no solo controlando los flujos de dinero, pero también creando las ideas, las representaciones y los discursos dominantes” (Peet y Hartwick, op. cit.: 146).* Esta situación terminó por enfrascar al mundo dentro de categorías occidentales y occidentalizantes, capturando imaginarios sociales y culturales y (re) construyendo identidades intra e inter subjetivas.

Estos elementos, la *profesionalización* y la *institucionalización*, sumados a la introducción progresiva de problemas, entendidos como anormalidades o patologías que deben ser tratadas vía intervención, dieron vida a *“[...] un aparato que organiza la producción de formas de conocimiento y la organización de formas de poder, interrelacionándolos.” (Escobar, 1995: 98).* Este aparato y el campo de intervención construidos, resultaron decisivos para la creación, operatividad y posterior sobrevivencia del desarrollo como práctica y discurso.

### **El discurso y su captura por la economía del crecimiento**

En este periodo de efervescencia teórica es posible afirmar que los principales y más influyentes promotores de esta nueva idea de desarrollo fueron los ingenieros de la propuesta de desarrollo económico. Estos teóricos dieron vida a la genética del discurso y prácticas del desarrollo. Sus trabajos equipararon y redujeron la noción de desarrollo a la de crecimiento económico. El mecanicismo inherente al discurso se hizo manifiesto en una serie de tecnologías políticas que buscaban acelerar la ecuación ahorro-inversión. Como resultado, el desarrollo del subdesarrollo consistió, casi exclusivamente, en el crecimiento

<sup>10</sup> Entre estas instituciones pueden destacarse la creación por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en 1949, del Programa Ampliado de Asistencia Técnica. Este programa, junto con el Fondo Especial establecido también por la Asamblea General en 1958, se integró finalmente, en 1965, en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Cabe mencionar también la creación, por parte del Banco Mundial, de la Sociedad Financiera Internacional en 1956 para apoyar las inversiones privadas y de la Asociación Internacional para el Desarrollo (AID) cuatro años más tarde para otorgar préstamos en condiciones favorables. En el ámbito bilateral la U.S Agency for International Development, así como algunas otras de corte voluntario como CARE.

del ingreso per cápita. De esta manera, una doble obsesión, en lo que tiene que ver con el desarrollo, dominó los últimos años de la década de 40, toda la del 50 y parte de la del 60: el aumento del PIB y la industrialización. A la luz de esta obsesión, en gracia de utilizar el PIB como medida de crecimiento económico, este indicador propició en una medida de bienestar. El nivel del PIB y su ritmo de crecimiento, devinieron en criterios máximos para evaluar las sociedades humanas y su progreso. Este resultado, consistente con la racionalidad del pensamiento moderno, aparece como muestra clara y eje central de lo que Latouche (1997) ha llamado la economización del mundo social (o de la vida), es decir, el proceso mediante el cual los criterios de la economía occidental gobiernan el mundo social y permiten que, en este caso, la economía del desarrollo funcione.

Derivándose de esta obsesión, al concebir al subdesarrollo como un mero estado de carencia más que como el resultado de un devenir histórico determinado, y por lo tanto sin preguntarse por las razones que están en la base de esa carencia o condición de pobreza y atraso, se hizo del crecimiento y de la ayuda extranjera –proveniente de los países desarrollados– las únicas opciones y respuestas certeras. En este sentido, desde los primeros años de la formación discursiva se estableció un matrimonio indisoluble entre desarrollo, pobreza<sup>11</sup> y crecimiento. El desarrollo apareció como respuesta y solución certera al ‘problema’ de la pobreza.

Después de la Segunda Guerra Mundial algunos países empezaron a ser definidos y a definirse como “pobres” a la luz de los patrones y niveles de riqueza de los países industrializados<sup>12</sup>. Si el estado de pobreza de una porción mayoritaria de la población global estaba en la base del discurso y prácticas del desarrollo, y si la razón de este estado residía en unos ingresos insuficientes, la solución para sacarlos de esa penosa condición no podía ser otra que el crecimiento económico. *“Que el rasgo esencial del Tercer Mundo era su pobreza, y que la solución radicaba en el crecimiento económico y el desarrollo se convirtieron en verdades universales, evidentes y necesarias.”* (Escobar, 1995: 56). A su vez, el énfasis en el tema de la pobreza fue favorable a los intereses de Occidente en su cruzada anticomunista. Se vendía la idea de que la pobreza, de no tratarse y superarse con urgencia, sería el germen que traería consigo la expansión del comunismo a lo largo y ancho del globo.

Un magno exponente de esta propuesta de desarrollo como crecimiento económico, y que de paso es un actor clave en la transformación de la noción que acá se presenta críticamente, es el historiador económico norteamericano

<sup>11</sup> Convencionalmente entendida y medida.

<sup>12</sup> Esto quedó claramente expreso cuando el Banco Mundial, en 1948, señaló que los países con un ingreso per cápita inferior a 100 dólares serían definidos como pobres. Bajo este criterio prácticamente dos tercios de la población mundial fueron catalogados en condición de pobreza. Este fenómeno fue bautizado por Majid Rahnema (1997) como la globalización de la pobreza después de 1945 y hace parte de de la segunda ruptura en la arqueología de la pobreza que propone el autor.

W. W. Rostow, particularmente en la obra, *The stages of economic Growth: A non communist manifesto* (1960). La marca central de la obra de Rostow es la descripción del paso del subdesarrollo al desarrollo a través de la identificación de una serie de pasos o etapas por las que *todos* los países han de pasar. Según su teoría, es posible ubicar a *todas y cada una*<sup>13</sup> de las sociedades, en su dimensión económica, en alguna de las siguientes cinco etapas: la sociedad tradicional, las condiciones para el despegue, el despegue hacia el crecimiento auto-sostenido, la marcha hacia la madurez, y la era del gran consumo en masa.

Estas etapas no son meramente descriptivas. No son meramente una forma de generalizar determinadas observaciones factuales acerca de la secuencia del desarrollo de las sociedades modernas. Tienen una lógica interna y una continuidad, [...] constituyen, a fin de cuentas, tanto una teoría del crecimiento económico como una teoría más general, aunque aún parcial, acerca de la historia moderna como un todo. (Rostow, op. cit.:12)<sup>14</sup>

Para la época en que Rostow publicó su obra, los países “avanzados”, como los de Europa Occidental, Estados Unidos y Japón, habían “logrado” *el despegue* y no se encontraban en alguna de las fases finales del camino trazado, sino en la final. Del otro lado, los países del hemisferio sur, o bien continuaban siendo *sociedades tradicionales* o bien se encontraban buscando reunir las condiciones para *el despegue*. Sin embargo, la situación de atraso de estos países no tenía porqué despertar mayor preocupación pues, como se dijo, esta nueva acepción de desarrollo trajo consigo la idea de un cambio que, además de deseable y posible, era planificable y conducible. Según la teoría de Rostow, los países subdesarrollados debían seguir una serie de reglas o ‘trucos’<sup>15</sup> de desarrollo para lograr *despegar*, llegar a ser economías con *tasas de crecimiento sostenidas* y finalmente, gozar del *consumo masivo*.

Uno de estos ‘trucos’, que en gran medida define lo que en los años 50 y parte del 60 se consideró la estrategia estrella para lograr desarrollo, ya había sido elaborado, de manera independiente, en 1939 por el economista inglés, Roy Harrod, y luego en 1946 por Evsey Domar, economista polaco-americano. Este truco se conoce entonces como el *Modelo de crecimiento Harrod-Domar*. Según este, para lograr *el despegue* y así avanzar a lo largo de las etapas identificadas por Rostow, la estrategia estelar descansa en una relación entre *capital, ahorro e inversión*. Esencialmente lo que se pregona es alcanzar una

<sup>13</sup> El uso de las cursivas responde a la intención de resaltar el grado de generalización inherente a las tesis básicas de Rostow.

<sup>14</sup> Resulta importante destacar lo siguiente: Al hablar de una “lógica interna” Rostow está queriendo decir que el desarrollo de las etapas no responde a factores externos tanto como a una interrelación determinada de factores que le dan vida al proceso de desarrollo de la etapa a la que luego le seguirán otras; una vez el proceso se ha iniciado, éste seguirá su curso de manera “continua” hasta llegar al estadio final. A su vez, al pretender elevar la teoría de las etapas del crecimiento a la condición de “teoría de la historia moderna” está buscando señalar que el proceso en el que las sociedades atraviesan estas etapas es un proceso característico y medular de la era moderna. Pasar por las cinco etapas identificadas parece así ser una exigencia que la Modernidad impone a las sociedades que ya no pueden quedarse en un ‘estadio tradicional’. Este aspecto revela una cercanía muy íntima entre su teoría y la Teoría de la Modernización; en esta relación se reparará más adelante.

<sup>15</sup> La utilización de la idea de “trucos de desarrollo” es tomada de la literatura en inglés, “tricks of development” concretamente en la obra de Micheal Todaro (1977)

óptima conjugación entre *ahorro* -doméstico e internacional- e *inversión productiva*<sup>16</sup> para así aumentar la masa o stock de *capital* de un país. Si lo que se persigue es acelerar el crecimiento económico, lo que hay que hacer es movilizar los ahorros con la intención de generar suficiente inversión. “Para crecer, las economías deben ahorrar e invertir una determinada proporción de su PNB. Entre más pueda una economía ahorrar, y así, invertir, más rápido podrá crecer.” (Todaro, 1977: 53). Un aumento de capital, habiendo establecido una tasa de ahorro determinada, se traduce en un incremento del PIB; esto se conoce como la relación capital-producto que estuvo en el núcleo de las más influyentes aproximaciones al desarrollo de la época.

De aquí se deriva que, tanto para la teoría de Rostow como para el modelo *Harrod-Domar*, el principal obstáculo o limitante para el desarrollo de los países ‘subdesarrollados’ sea su relativo bajo nivel de formación de capital. Por lo tanto, si un país desea crecer en una tasa determinada y su capacidad de ahorro<sup>17</sup> e inversión no le es suficiente para alcanzar dicha tasa, la solución está en la ayuda externa o en la inversión privada extranjera. Esta lógica, teniendo en cuenta además que el apogeo de esta propuesta fue en las primeras décadas de la Guerra Fría sirvió para justificar las masivas transferencias de capital y asistencia tecnológica que corrían desenfrenadamente de las naciones desarrolladas a las subdesarrolladas (a este respecto no es gratuito además que el subtítulo de la obra de Rostow rece *Un manifiesto no comunista*).

A su vez, en esta redefinición de la representación geopolítica mundial, los países del “Tercer Mundo” interiorizaron e incorporaron de tal manera su condición de subdesarrollados y los preceptos del discurso del desarrollo, que en su carrera por tal conquista, salieron ansiosos en búsqueda de capital extranjero para aumentar su stock de capital y potenciar su crecimiento. “[...] *el desarrollo se volvió tan importante para el Tercer Mundo que sujetar a sus poblaciones a una variedad infinita de intervenciones se volvió aceptable para los gobernantes de estos países.*” (Escobar, 1997: 91-92)

### **El discurso del desarrollo y sus nexos: evolucionismo y Teoría de la modernización.**

Schumacher (1973), José Arocena (1995) y Serge Latouche (1997), entre otros, ubican la propuesta de desarrollo como crecimiento económico, y así la teoría de Rostow, dentro de un *enfoque evolucionista del desarrollo*, llamando la atención respecto a la estrecha relación que existe entre la noción

<sup>16</sup> En términos económicos se entiende por inversión productiva el gasto en bienes de producción favorable a aumentar la producción futura y por esta vía el capital. La productividad de la inversión puede medirse de acuerdo a la relación capital-producto.

<sup>17</sup> La capacidad de ahorro de un país descansa básicamente en el cobro de impuestos (ahorro público), en la obtención y manejo de divisas (ahorro externo) y en la plata que está en los bancos (el ahorro privado).

de desarrollo y la idea de evolución en el interior de esta propuesta<sup>19</sup>. Al entender el desarrollo como un proceso compuesto por una serie de etapas que es necesario recorrer para llegar a un estadio final (lo que Latouche llamó críticamente *La grande société*), se liga indisolublemente el desarrollo con la idea de proceso evolutivo. “*El pensamiento evolucionista supone el conocimiento del “punto de llegada” de la evolución para poder luego reconstruir las etapas gracias a un análisis retrospectivo.*” (Arocena, op. cit.:38)

Además del establecimiento de un punto de llegada y de la consecuente identificación de etapas previas a la conquista de ese ‘estadio máximo’, es posible identificar otro aspecto claro del evolucionismo en la tendencia a organizar y clasificar<sup>19</sup> jerárquicamente a las sociedades del mundo. Con esta clasificación se ponen de relieve unos valores y unas características que le son propias a las sociedades avanzadas, aquellas que están en la parte más delgada de la pirámide, mostrándolas como el modelo a seguir. De manera consecuente, este evolucionismo social<sup>20</sup>, de la mano de la Teoría de la Modernización, permitió anclar sólidamente en el imaginario colectivo la idea de que los valores occidentales no sólo son superiores sino que han de buscarse sin cuestionamientos. Sin lugar a duda, el desarrollo es uno de estos valores fundamentales, de ahí que se hable del desarrollo *como la historia de una creencia occidental* (Rist, op. cit.) y de *la occidentalización del mundo* (Latouche, op. cit.).

De esta manera, como lo ha apuntado Schumacher (op. cit.), las palabras ‘desarrollo’ y ‘evolución’ parecen ser virtualmente sinónimos: las sociedades se desarrollan o evolucionan a lo largo de una senda trazada por otras que ya se han desarrollado o evolucionado. “*El desarrollo siempre ha sido visto como una dinámica necesaria de la vida social, algo que tiene lugar de manera casi natural en el mundo moderno: el desarrollo fue para la sociología lo que la evolución fue para la biología*” (Peet y Hartwick, op. cit.:143). La idea de progreso y evolución aparece así, en medio del discurso del desarrollo, como uno de los principales legados de la modernidad, haciendo imaginar a todas las sociedades, como lo señala Shanin (1997), avanzando hacia un estilo de ser y vivir racional-occidental.

El punto de llegada, que en la teoría de Rostow es el “consumo masivo”<sup>21</sup>, supone un proceso de transformación fundamental de las sociedades. Este proceso, que envuelve la superación de la época tradicional, es básicamente la industrialización, el segundo componente de la ‘doble obsesión’ mencionada

<sup>18</sup> Es importante anotar que la tendencia a relacionar desarrollo con evolución no se agota al interior de la propuesta de desarrollo económico de Rostow ni tampoco de las décadas del 50 y 60. Todavía hoy es posible advertir, inclusive en propuestas alternativas, esta estrecha relación. Inclusive es posible encontrar en descripciones e intentos de definición recientes de la idea de desarrollo alusiones concretas a la biología y por esta vía al evolucionismo, tal y como se hizo décadas atrás.

<sup>19</sup> Es importante señalar que esta clasificación no es neutra. Permite, al seleccionar el PNB como indicador y referente infalible, ubicar a los Estados Unidos y otros países “desarrollados” en la cabeza de la clasificación y así ‘imponerlos’ como modelo a seguir.

<sup>20</sup> No está demás aclarar, como lo hace Rist (2004), que el evolucionismo social, diferente al evolucionismo biológico (ligado a Darwin), es una filosofía de la historia –cosa que queda clara en el trabajo de Rostow– que se basa en una hipótesis no verificada de orden teleológico. Por el otro lado, el evolucionismo biológico es una explicación basada en rigurosas observaciones favorables al entendimiento de la evolución de las especies vivas sin suponer el obdecimiento a necesidades internas.

<sup>21</sup> Resulta clave resaltar lo homogenizante que resulta suponer, al señalar como fase última –perseguido y deseable– el consumo en masa, que el consumo masivo de bienes y servicios es el objetivo prioritario y el estadio último al que toda sociedad en el mundo quiere llegar.

más arriba. Siendo las sociedades industrializadas la meta a alcanzar, el estudio de estas permite a los evolucionistas construir un camino a seguir de valor universal. Industrializarse se convierte así, para las sociedades subdesarrolladas, en una condición necesaria e inalterable para potencializar su crecimiento económico y así, su capacidad de producción y consumo de bienes y servicios. La industrialización apareció como la llave que posibilitaría la modernización de las economías atrasadas, la llegada de la racionalidad económica “adecuada” a los pueblos subdesarrollados, la eliminación de la brecha y desventaja en el comercio exterior y la ocupación de esa gran masa desempleada. Como producto de la transformación experimentada por la noción de desarrollo y a la luz del discurso que se formó, “[...] resultaba “claro como el agua” que la industrialización era la clave del desarrollo” (Escobar, 1995: 148-149).

Considerando la industrialización como estrategia estelar para la conquista de la modernización y el desarrollo, la estrecha relación existente entre esta nueva acepción de desarrollo y la Teoría de la Modernización en su expresión más clásica y general se hace manifiesta.

A grandes rasgos esta teoría, elaborada con mayor fuerza en los dos decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, plantea en su base la necesidad urgente y universal de pasar de lo tradicional (o premoderno) a lo moderno. A la luz de este imperativo, es posible advertir por lo menos tres objetivos centrales de esta teoría íntimamente vinculados entre sí y que tienen implicaciones serias en la transformación de la idea de desarrollo. (i) Describir minuciosamente a las sociedades tradicionales y a las modernas, distinguiéndolas y elaborando índices para identificarlas y clasificarlas. (ii) Desentrañar las condiciones y potencialidades con las que las sociedades tradicionales cuentan para constituirse en sociedades modernas, esclareciendo los principales elementos que se imponen como barreras para dicha transformación e impiden su avance hacia el modelo establecido de sociedad moderna industrial. En otras palabras, identificar en las sociedades tradicionales tanto potencialidades como barreras para la modernización. (iii) Dar cuenta, englobando los dos anteriores, del proceso de tránsito de lo tradicional a lo moderno, de manera detallada y con todas sus variaciones.

*“Así pues, estos estudios<sup>22</sup> [de la modernización] se fundaban sobre el supuesto de la existencia de una relación estrecha, casi inmutable, entre el desarrollo de diversas partes de la sociedad;*

<sup>22</sup> Especialmente aquellos que estaban ligados a la teoría sistémica y la behaviorista, así como, una vez más, a la perspectiva evolutiva de las ciencias sociales.

*de una semejanza en las “etapas” de desarrollo de sociedades diferentes; de la explicación de la modernización en términos de su pertenencia a dichas “etapas” respectivas; así como de la universalidad o “convergencia” del “resultado final” del proceso de desarrollo [...]” (Eisenstadt, 1974: 44)*

Esta urgencia de dejar atrás lo tradicional para encaminarse hacia el progreso, la modernización y el desarrollo está en el núcleo de la lógica progresista de Rostow y hace parte de la genética del discurso del desarrollo, subsistiendo en grados diferentes hasta nuestros días. Para Rostow, una característica central de las sociedades tradicionales es la existencia de un tope máximo –un techo– que limita el nivel de rendimiento potencial por individuo. Este tope se debe esencialmente a que las sociedades tradicionales no disponen,



Foto: Sandra De la Cruz.

Callejón Angosto. Cartagena 2011.

o por lo menos no aprovechan –al no aplicarse sistemáticamente–, las potencialidades de la ciencia y las tecnologías modernas que abren las puertas a la explotación racional de la naturaleza y sus recursos. A su vez, estas sociedades, como resultado de las limitaciones en su productividad, están obligadas a dedicar una proporción muy alta de sus recursos al sector agrícola sin poder así, concentrarse en el avance del sector industrial. De esta manera, si la capacidad productiva es baja y la mayoría de los recursos se dirigen al sector agrícola, las posibilidades de lograr crecimiento económico (y así desarrollo) son mínimas. Bajo esta lógica, la clave para desarrollarse y modernizarse, descansa entonces en la superación de la sociedad tradicional y en el tránsito gradual de sociedades enfocadas en la agricultura a sociedades centradas en la industria.

La necesidad imperante de industrialización para alcanzar el anhelado desarrollo responde a que, bajo este enfoque, la industria, en detrimento de los múltiples sistemas de agricultura tradicional, aparece como motor de crecimiento por excelencia. A la luz de esta lógica se establece una estricta e inmutable relación entre crecimiento industrial, crecimiento productivo

y crecimiento del Producto Interno Bruto. “[...] *el crecimiento del PIB es más rápido cuanto mayor es el exceso del crecimiento industrial en relación con el crecimiento del PIB; es decir, cuando la participación de la industria en el PIB total está creciendo a máxima rapidez*” (Thirlwall, 2003: 120).

A su vez, tras la dinámica de estudiar las posibilidades y realidades de las ‘naciones menos desarrolladas’ a imagen de las ‘más desarrolladas’, se establece una asociación muy cercana entre los niveles de vida y la porción de los recursos dirigidos a la industria. Al suponer que el devenir de todas las sociedades será el mismo que el de las sociedades modelos, se llega a la conclusión de que es indispensable redirigir los recursos del sector agrícola al sector industrial tanto para potenciar el crecimiento como para mejorar los niveles de vida. *“La premisa orientadora era la creencia en el rol de la modernización como la única fuerza capaz de destruir las supersticiones y tradiciones arcaicas, esto a cualquier costo social, cultural y político. La industrialización y la urbanización eran vistas como las rutas inevitables y necesarias hacia la modernización.”* (Escobar, 1997: 86).

Las sociedades llamadas tradicionales, y con más razón el sector agrícola, al evaluarse bajo los criterios y premisas orientadores de la modernización y la industrialización, y los preceptos constitutivos del discurso del desarrollo, se destacan por su indiscutible atraso debido a su precaria capacidad productiva. Aunque no son catalogadas necesariamente como sociedades estáticas, sí se las considera presas de una constante lucha contra la escasez y portadoras de una economía aborígen que está poco o nada integrada con los mercados mundiales.

Para superar esta ‘penosa’ condición deben modernizarse acogiendo disciplinadamente los medios técnicos favorables e indispensables para aumentar la productividad. Así, a la luz de criterios “universales” propios de una sociedad moderna e industrial, la única alternativa que tienen las sociedades tradicionales para desarrollarse y modernizarse, es dejar de ser tradicionales y agrícolas, apostándole a la industrialización como vía para potenciar el crecimiento económico. Esta “necesidad” se hace evidente por ejemplo en los trabajos de otro de los promotores de esta corriente del desarrollo económico que ya fue citado, Sir W. Arthur Lewis. Según el *Modelo Lewis*, la llave para aumentar el capital, potenciar el crecimiento económico y abrir las puertas del desarrollo, reside en el aumento del sector industrial en detrimento del agrícola, lo que en grado considerable se consigue a través de masivas transferencias de mano de obra de un sector a otro.

En términos generales, como lo señaló Eduardo Galeano, *“El Tercer Mundo será como el Primer Mundo –rico, civilizado y feliz– si se comporta y hace lo que se le dice, sin decir nada y sin quejarse. Un futuro próspero compensará el buen comportamiento [...]”* (1997: 214) Sin lugar a duda, este buen comportamiento suponía dejar de lado las “cadenas” de lo tradicional y apostarle a la industrialización como vehículo infalible de crecimiento y así, de desarrollo.

Al respecto resulta interesante resaltar la siguiente situación paradójica. Si bien los países industrializados, como eje central del discurso del desarrollo, insistían en la inaplazable necesidad de industrializar el “Tercer Mundo”, alimentaban y fortalecían a la vez una determinada forma de división internacional del trabajo en la que los países no industrializados cumplían el papel de proveedores de materias primas. En medio de un discurso, pro-modernizante, pro-industrialista y anti-colonialista, los países industrializados requerían de un sector del mundo no industrial, agrícola y productor-proveedor de materias primas, para sostener sus pautas de producción, consumo e industrialización<sup>23</sup>. Indiscutiblemente esta paradoja, resaltando que un mundo en el que todos los países sean desarrollados e industrializados es sencillamente impensable, inalcanzable e insostenible, tiene serias implicaciones: pone al borde del abismo la idea de que la etapa final de la senda evolutiva del desarrollo –la sociedad industrial y del consumo masivo– sea realmente alcanzable.

### **Conclusiones: para no concluir**

La captura del discurso del desarrollo por parte de la economía del crecimiento, el evolucionismo, la Teoría de la Modernización en su acepción más clásica y en general los valores occidentales, impuso a unos un modelo según la experiencia de otros, subvaloró lo tradicional como premoderno y sobrevaloró lo moderno como universal, forzosamente deseable y urgentemente proseguible. De esta manera, el desarrollo vía crecimiento se impuso como una indiscutible meta a seguir por parte de prácticamente todos los países del “Tercer Mundo” en tanto suponía inopinadamente un estadio mejor sin importar sus costos humanos, ambientales y culturales. En medio del contexto de emergencia discursiva de la segunda post-guerra, el crecimiento económico, apoyado en una acelerada profesionalización e institucionalización del desarrollo, se impuso como una de las columnas vertebrales del discurso.

<sup>23</sup> Precisamente en este aspecto concreto enfatizó la orientación teórica, en gran medida de tradición marxista-estructuralista, que en las décadas del 60 y 70 buscó establecer una crítica contundente a los teóricos de la modernización, acentuando en las condiciones estructurales de un sistema capitalista desigual. De la misma manera, en este aspecto repasa Susan George en la introducción de la obra *The Debt Boomerang: How Third World debt harms us all* (1992). Al respecto se recomienda ver una completa síntesis en *How the poor develop the rich* (1997).

La lectura crítica del desarrollo como formación discursiva presentada en este escrito busca enfatizar en los núcleos incuestionados del desarrollo (como el crecimiento económico) y por lo tanto no busca embellecer el discurso, tampoco alcanzar una conceptualización más precisa del objeto discursivo. Esta posición está en la base de la distinción entre desarrollo alternativo y alternativas al desarrollo, donde el primero, si bien es fruto de posturas críticas, propone 'mejores' formas de entender el desarrollo y vías por dónde refinar las prácticas derivadas de este. Estas propuestas han puesto en cuestión y re-evaluado algunas de las ideas propias del discurso, pero no se han enfocado en develar, y mucho menos desmontar, la genética del desarrollo; esto es, los estratos ocultos que han posibilitado que por más de cinco décadas este haya cobrado fuerza real activa en los diferentes planos de la vida social. De esta manera, al proponer "otros desarrollos", el desarrollo alternativo ha tendido a alimentar el discurso y ampliar su espacio discursivo.

El discurso del desarrollo, sostenido en estructuras firmes pero flexibles, se alimenta de la crítica, reproduce su lógica y se mantiene a lo largo de los años a lado de una serie de nuevos "adjetivos cosméticos"<sup>24</sup> –social, integral, sostenible, humano, local, endógeno–. Estos apellidos, si bien suponen mutaciones, son portadores de su genética indeleble. Al ubicarse bajo la pancarta del desarrollo, estas propuestas son legitimadas y a la vez legitiman el mismo modelo de pensamiento, el mismo logos, la misma lógica de representación e identidad que décadas atrás produjo el desarrollo. "[...] *el campo más amplio del desarrollo está fuertemente unificado en sus principios fundamentales, no importa el adjetivo que se le sume en las diversas variaciones de la teoría del desarrollo.*" (Munck, 1999: 199).

De esta forma, el desarrollo alternativo aparece como muestra clara del logocentrismo discursivo, revelando "[...] *cómo inclusive el discurso más radicalmente crítico fácilmente se resbala en la forma, la lógica, y los postulados implícitos de aquello que precisamente busca combatir.*" (Manzo: 1991: 8) Las posiciones más críticas, al no lograr salir del 'omnipresente' lenguaje del discurso del desarrollo terminan siendo no más que lo mismo pero 'alternativo'. Un esfuerzo deconstructivo serio debe combatir este logocentrismo, pues el lenguaje desarrollista limita nuestros esfuerzos de imaginar formas distintas de pensar, ser y hacer (Escobar, 2009). Al respecto vale la pena escuchar las palabras de Einstein: "*No es posible resolver un problema utilizando el mismo lenguaje que dio origen al problema*".

<sup>24</sup> Expresión tomada de Esteva, 2009.

La búsqueda decidida de alternativas al desarrollo se propone, por el contrario, deconstruir la estructura del desarrollo para abrir las puertas de una sociedad realmente diferente articulada en torno a un nuevo sentido común emancipatorio<sup>25</sup> y no de una sociedad producto de “otros” desarrollos. Una sociedad que esté afuera del universo del desarrollo, que venga del exterior de los contornos homogenizantes, modernizantes y occidentalizantes, y que se ubique lejos de la obsesión por el crecimiento económico, el consumo masivo y la emulación de modelos impuestos y dócilmente interiorizados por muchos.

Por lo tanto, y siguiendo la argumentación de Escobar (1995) y Rist (2004), las prioridades del post-desarrollo, consistentes con la estrategia de deconstrucción, son: (a) lograr tomar distancia de la creencia en el desarrollo, procurando un *belief-dissolving* en el que se develen las formas ocultas en donde yacen sus contradicciones; (b) cuestionar y desmitificar ciertas ‘ideas evidentes’ que forman parte del discurso de la economía del desarrollo; (c) despejar el camino para la imaginación colectiva de futuros realmente alternativos; y (d) constituir un espacio intelectual imaginativo para pensar alternativas al desarrollo a partir de una transformación radical teórica y práctica. Así las cosas, el post-desarrollo es, antes que nada, una estrategia de *transgresión* que desafía una creencia compartida e internalizada y que rechaza las prácticas y comportamientos que de esta se derivan.

Para último, no está de más recalcar que postdesarrollo no es antidesarrollo. Querer transgredir la manera en que por décadas se han venido haciendo las cosas, no supone querer hacer lo contrario; pero sí, por lo menos, cuestionar la vía en su carácter singular. “*La teoría y la práctica del post-desarrollo difiere de los sentimientos antidesarrollo en el sentido en que no niega ni la globalización ni la modernidad, pero busca formas [en plural] de vida reconociéndolos pero imaginando trascenderlos.*” (Hoogvelt, 1996: 16). El llamado final de esta reflexión es entonces a *repensar* lo que se ha venido pensado, *pensar* en aquello que está por fuera del espacio de lo pensable, e *impensar*<sup>26</sup> todo aquello que se ha normalizado en nuestros imaginarios y representaciones. Sólo así podremos imaginar alternativas reales al desarrollo, libres de su marca genética, que nos conllevan a una sociedad más sana en un sentido plural y heterogéneo.

<sup>25</sup> Expresión tomada de Sousa do Santos (1995).

<sup>26</sup> Se propone la idea de *impensar* en el sentido en que la señala Wallerstein (1991) en *Unthinking social science*. *Impensar* es corregir de manera radical, sacándolos a la luz, todos los supuestos que aún hoy fundamentan el discurso dominante el desarrollo, supuestos que si bien son concebidos por muchos como emancipadores, han devenido en una barreras para la comprensión y transformación real de la vida social. (Ver: Wallerstein, op. cit.:1-5).

**BIBLIOGRAFÍA**

**AROCENA, José** (1995). “Una aproximación a la noción de desarrollo local” En El desarrollo local: un desafío contemporáneo. Caracas: Nueva Sociedad. Págs. 19 – 36.

**EISENSTADT, Shmuel Noah** (1974) Ensayos sobre el cambio social y la modernización. Tecnos.

**ESCOBAR, Arturo** (1995) La invención del Tercer Mundo, Construcción y deconstrucción del desarrollo, edición de 2007. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

\_\_\_\_\_. (1997) “The making and unmaking of the Third World” en Rahnama, Majid. Bawtree, Victoria (edits). The Post-development Reader. New York: Zed Books. Págs. 85 – 93.

\_\_\_\_\_. (2009) “Una minga para el postdesarrollo” en América Latina en movimiento (ALAI). No. 445, págs. 26 - 30.

**ESTEVA, Gustavo** (1992) “Development” en Sachs, W (ed.) (1992) The Development Dictionary. Londres: Zed Books.

**FOUCAULT, Michel** (1972) The archeology of knowledge and the discourse on language. New York: Pantheon Books.

**GALEANO, Eduardo** (1997) “To be like them” en Rahnama , Majid. Bawtree, Victoria (edits). The Post-development Reader. New York: Zed Books. págs. 214 - 223

**GARCÍA, Antonio** (1972) Atraso y dependencia en América Latina, Buenos Aires: El Ateneo.

**GEORGE, Susan** (1992) A fate worst than debt. London: Penguin Books.

\_\_\_\_\_. (1997) Another world is possible if... New York: Transnational Institute.

**HOOGVELT, Ankie** (1996) Globalization and the post-colonial world: The new Political Economy of Development. Londres: Macmillan.

**LATOUCHE, Serge** (1997) “Paradoxical Growth.” En: The post-development reader. Sexta edición. Londres: Zed Books.

**MANZO, K.** (1991) “Modernist Discourse and the crisis of development theory” en Studies of Comparative International Development, Vol. 26, No. 2

**MUNCK, Ronaldo. O’HEARN, Denis** (edits.) (1999) Critical development theory: contributions to a new paradigm. New York: Zed Books.

**PEET, Richard; HARTWICK, Elaine** (1999) Theories of development. New York: The Guilford Press.

**PLATSCH Carl** (1981) “The three worlds or the division of social scientific labor circa 1950 – 1975” en Comparative politics in society and history; 23 (4). Págs. 565 – 590.

**RAHNEMA, Majid. BAWTREE, Victoria** (edits). (1997) *The post-development reader*. New York: Zed Books.

**RIST, Gilbert** (2004) *The history of development from western origins to global faith*. New York: Zed Books.

**ROSTOW, W. W.** (1960) *The stages of economic growth: A non-comunist manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.

**SCHUMACHER, E.F.** (1973) "The third world" en: Schumacher, E.F. (1973) *Small is beautiful: economics as if people mattered*. New York: Harper and Row publishers. Págs. 154 – 208

**SHANIN, Teodor.** (1997) "The idea of Progress" in RAHNEMA, Majid. BAWTREE, Victoria (edits). *The post-development reader*. New York: Zed Books.

**THRIWALL, A.P** (2003) *Growth and development*. Séptima Edición. Londres: Palgrave MacMillan.

**TODARO, Michel.** (1977) *Economic development in the third world, an introduction to problems and policies in a global perspective*. London: Longman.

**WALLERSTEIN, Immanuel** (1991) *Unthinking social sciences: The limits of nineteenth century paradigms*. Cambridge: Polity Press.

## CIBERGRAFÍA

**ESCOBAR, Arturo** (1998) "Power and Visibility, Development and the invention of the Third World", en *Cultural Anthropology* Vol. 3 Num 4 págs. 428 – 442 [en línea] <http://www.unc.edu/~aescobar/html/texts.htm> Fecha de consulta: abril 2010.

**TRUMAN, Harry S.** (1949) *Inaugural address (Discursom inaugural)* dictado el jueves 20 de enero de 1949 [en línea] <http://www.bartleby.com/124/pres53.html> Fecha de consulta: Mayo de 2009.

**WALLERSTEIN, Immanuel.** (1984) "The development of the concept of development" en *Sociological theory*, Vol. 2 (1984), págs. 102-116. American Sociological Association. [en línea] <http://www.jstor.org/stable/223344>. Fecha de consulta: Octubre 2008.